

TRASNOCCE, VUDÙ

MARIANO
BUSCAGLIA



Trasnoche vudú

Mariano Buscaglia

Ilustrado por
Nicolás Daniluk

INTERZONA **PULP**

INTERZONA

Buscaglia, Mariano

Trasnoche vudú / Mariano Buscaglia ; ilustrado por Nicolás Daniluk.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora,
2015.

146 p. : il. ; 18 x 12 cm. - (Zona Pulp / Soifer, Alejandro Javier)
ISBN 978-987-3874-24-6

1. Cuentos de Suspenso. 2. Novelas Policiales. 3. Novelas de
Terror. I. Daniluk, Nicolás, ilus. II. Título.

CDD A863

©Mariano Buscaglia, 2015

©interZona editora, 2015

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

info@interzonaeditora.com

WWW.INTERZONAEDITORA.COM

Director de la colección: Alejandro Soifer

Coordinación editorial: Victoria Villalba

Diseño de maqueta: Candelaria Espeche

Composición de tapa y de interiores: Candelaria Espeche

ILUSTRACIONES DE TAPA Y DE INTERIORES: NICOLÁS DANILUK

Corrección: Bettina Villar

ISBN 978-987-3874-24-6

IMPRESO EN LA ARGENTINA. PRINTED IN ARGENTINA

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Doblada al español por Pepe Muñoz

TRASNOCHE, JOE ROUGH VUDÚ





Prólogo

Un policial trastornado

Un detective a sueldo, una mujer hermosa con un encargo: nada nuevo bajo el sol. Se han escrito y leído infinidad de novelas pulp con ese ritmo, ese tono y, sobre todo, esa impostura cuando se intenta trasladar ese contexto tan netamente estadounidense (como los superhéroes con capa y uniforme) a una literatura argentina o latinoamericana.

¿Cómo hizo entonces el argentino Mariano Buscaglia para lograr escribir una novelita de las que se vendían en revistitas por un céntimo de dólar y no caer en el ridículo? Sencillo: se puso detrás de dos heterónimos, por un lado Joe Rough, supuesto autor de la novela, y por el otro, Pepe Sánchez, un pseudo-traductor que tradujo la novela a un castellano castizo, típico de las ediciones españolas de estas novelitas que llegaban a estas pampas durante el esplendor del género.

¿Y cuál es el resultado? Una novela que trae aparejada una comicidad muy lograda en las perfectas flexiones de ese castellano pudoroso y censurado, lleno de giros y expresiones anticuadas pero también, terriblemente nostálgicas para cualquiera que haya pasado su infancia leyendo estas novelitas.

Luego tenemos como decíamos, lo de siempre: detective privado, encargo de apariencia sencilla, zombis, hombres lobos, ¿perdón? ¿no-muertos?, ¿licántropos?, ¿en una novellita policial? Sí. Y además motoqueros, magia vudú, una cabeza reducida por jibaros, un científico loco y su mansión-trampa que hace recordar en algún momento a ese clásico de clásicos del cine transgresor: The Rocky Horror Picture Show; y variados ingredientes que le dan condimento a una novela llena de vueltas de tuerca en un género en el que parecía ya todo dicho.

Alejandro Soifer


Buenos Aires, agosto de 2014

LUCES DE NEÓN

La luz de neón azul del cartel parpadeaba sin pausa, me daba la impresión que, de un momento a otro, se quedaría dormido. Digo, el cartel; no yo. Eso para mí hubiese significado paz interior y, tal vez, el quiebre definitivo del insomnio que arrastraba desde hacía semanas. Pero no. El cartel de neón del bar, ese que parpadeaba y parpadeaba, tal vez funcionaba así. Ese enciende y apaga continuo parecía ejercer un efecto mesmérico sobre todos los borrachines de Crenshaw, los atraía al interior de la cantina como ~~moscas a un pastel de manzana~~ moscas a un pastel de manzana.

—¿Dije “cantina”?— No niego que también a mí el bar me atraía al interior de su garganta, más veces de las que un médico consideraría saludable y que parte del día lo perdía ahí dentro. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Los cartuchos de mi Walther P38 se arrumbaban dentro del tambor, y la cartuchera donde descansaba la pistola se llenaba de telas de arañas, colgada del mismo gancho donde depositaba mi sombrero.

En fin, si tengo que hablar de mi oficina, debo confesar que todo, además del tiempo, se acumulaba en ella. En especial esas cartas que amontonaban enormes sumas impagas. Y el teléfono se pasaba el día en silencio, sin rechinar jamás.



Dentro del bar, el tiempo era diferente. Sin ventanas ni señal de luz natural alguna, inyectándome alcohol en las venas, olvidaba que había dejado atrás un trabajo seguro a cambio de un sueño. Pensé que la profesión de detective privado era rentable. Pensé que en mis brazos iban a caer toda clase de vampiresas, y que mis puños iban a quebrar toda clase de mandíbulas. Cinco estantes sobre la pared verde agua de mi oficina, cinco estantes repletos de novelas policiales. Novelas que me habían enseñado todo lo que uno podía saber sobre el oficio. Ahí estaban, alineados en filas como soldados, Latimer, Brown, Irish, Fischer, Wallace. Todos los secretos revelados, menos el de atraer clientes.

¿Debía colgar un letrero de neón en la azotea del edificio? ¿Un letrero que parpadeara con intermitencia, defectuoso, un letrero cojo? Tal vez sí. El anuncio en el periódico no daba resultado. Hacía casi dos meses que lo había publicado y los dólares que guardaba en la lata de galletas se consumían como atacados por el fuego.

Me paré junto a la persiana y descansé la vista sobre la luz de neón. Los sonidos lejanos de los coches de la Avenida 19 repiqueteaban como una sinfonía para mis oídos de hombre urbano. Levanté el vaso y comencé a consumir el último cuarto de litro de mi última botella de Jack Daniels que mis emolumentos podían permitirse, y lo agité haciendo girar el líquido. Los hielos se habían consumido. Todo parecía disgregarse. Desde la ventana al suelo tenía tres pisos. Era una caída dura. Podía apostar a que me mataría, ¿pero quién cobraría la apuesta si ganaba? Bebí todo el contenido de un trago y apoyé el vaso en la repisa de mis novelas policíacas. ¡Maldito George Goodchild!

¡Al demonio mi oficio! Me recliné en mi asiento mullido, de espaldas a la ventana. No volvería al bar ni me arrojaría al vacío. Tal vez me aceptaran de nuevo en el periódico. Podía mecanografiar un artículo antes que ninguno. Me llamaban "Dedos". Y a las chicas les gustaba, parecía sugerir un Paraíso de placeres... o eso creía yo en mi candidez.

Abrí los dos últimos cajones de mi escritorio. El anteúltimo estaba vacío, salvo por una novela policial sin tapas que había comprado en una parada de autobuses. En el otro rodaba una bala de un calibre desconocido. En lo que era balística y armamento, todavía no estaba muy ducho. Lo mío, esto hay que admitirlo, eran los personajes. La interpretación del tipo. Cuando monté mi oficina, pensé que el oficio y mi habilidad camaleónica, subsanarían mi ignorancia en esos detalles. Pero no conté con el fracaso.

Hice girar como un niño mi asiento y volví a depositar mis ojos en la luz parpadeante de neón del bar de Joe's. ¡Maldito Joe's! Mi garganta comenzaba a secarse. Me puse de pie y hundí mi mano dentro del bolsillo del pantalón. Si iba a ahogarme con alcohol, quería hacerlo con clase, todavía me quedaba un fajo de billetes de mi indemnización del periódico. Había pensado que me duraría dos semanas y que antes de dos semanas iba a tener mi primer caso. O sea, toda la escena, el detective fumando en su oficina y la chica enigmática que entra a presentarle el misterio, mientras se cruza de piernas y le enseña lo justo y necesario de sus bragas, lo justo y necesario para que el detective se empalme. Mil y una veces había ensayado solo la escena. Me había sentado en mi silla forrada en cuero, había encendido un cigarri-
llo y ofrecido otro a la chica misteriosa. Mientras

la zorra me contemplaba, yo le dedicaba una sonrisa despectiva y le daba a entender que sus juegos de chica de copas no me hechizarían.

Era un tipo duro. Tal vez le hablaría de mi herida en Corea y de aquella vez que vencí con mis puños a los gorilas de Tom "el listo".

Pero no. Eso no sucedería. Me pasaba el rato sentado en mi oficina en compañía del único teléfono mudo de toda América.

Así que volvería al bar a terminar mal lo que había empezado peor. Después quedaba la calle y que me arrollara un camión.

También podía empeñar la Walther, el fichero vacío, el escritorio, y vender, por algunos centavos, mi colección de novelas. ¡Y maldito seas Jonathan Latimer! Cogí el sombrero del gancho y también el saco.

Y el teléfono comenzó a chillar. Lanzó un berrinche agudo, como si quisiera hacer letra por haberse pasado casi dos meses con el pico cerrado. El muy patán sabía hablar después de todo. Dejé caer el saco al piso y levanté el tubo. Fui presa del pánico. Llegado el momento, la hora en que debía salir a escena y lucirme, no supe qué hacer. Podría jurar que hasta había olvidado mi nombre. Gracias al cielo, el cliente habló en mi lugar.

—¿Detective? No mueva el culo de su oficina. En unos minutos va a recibir un paquete con instrucciones, sígalas como si se tratara de Dorothy y su bendita senda de ladrillos amarillos.

Y luego me cortó. Recién entonces lancé la cantinella de "Agencia de Detectives... bla-bla-bla". Pero ya era tarde.

Como una tromba, puse en orden la oficina. Levanté las botellas que rodaban en el piso, me coloqué la

sobaquera con la pistola, lo que tuve que repetir dos veces, ya que la primera lo hice al revés. Luego arrojé a la acera el cenicero con el cementerio de cigarrillos y gomas de mascar que había consumido durante los dos últimos meses. Ensalivé una corbata quemada con un cigarrillo y repasé el escritorio. No era una oficina hermosa, pero pasaría el examen. El parpadeo de la luz de neón de enfrente le impediría a mi cliente detenerse demasiado en los detalles sórdidos de mi guarida. Me senté y me aflojé el nudo de la corbata. Necesitaba un trago, pero no iba a bajar a buscarlo. El mundo no parecía ser tan hijo de puta y Latimer no tan maldito.

HUMO DE CIGARROS Y ADIÓS CRENSHAW

Un negro me dejó un paquete encima del escritorio y me exigió que le firmara un recibo. Le tuve que escupir algunas verdades de mi ~~padre~~ bisabuelo confederado para que sacara su trasero de la oficina. El patán buscaba una propina, como si tener trabajo no fuera suficiente aliciente para el muy antropoide.

El paquete era un cubo envuelto en papel madera e hilo sisal. Nunca me emocionaron las sorpresas, no desde que mi padre me regalaba una tunda cada vez que regresaba a casa, luego de pasarse unas horas dentro del bar. Decía que mi cabeza era demasiado dura, que mi cabeza fue la que perforó las entrañas de mi madre, la que la mató cuando nació. Me llevó unos cuantos años digerir la verdad, aunque mi cabeza es dura, no fue lo que la mató. Lo que la liquidó fue el veneno que contienen las botellas de whisky, los envases de vinos y los de cerveza, que mi madre bebía hasta su ~~última~~ última gota. Tal vez utilizados como bálsamos para resistir las tundas de mi amado papacito. Pero mi padre no era un hombre de luces y, además, lo hacía sentirse bien eso de practicar el boxeo con mi rostro.

Pero divago. Lo siento. Lo hago sin pensar. Me dicen "Dedos" y no porque sepa hacer caricias.

Tomé un cuchillo que llevaba en la cintura, un cuchillo pequeño, uno de esos que sirven para abrir gargantas grandes, y corté el hilo. Tajeé la envoltura y lo desenvolví con una ansiedad mal contenida. Aunque detective, no sabía de qué iba todo el misterio. Hice un bollo con el papel y lo arrojé por la ventana. Me gustaba hacer de Crenshaw un lugar horrible donde vivir.

Abrí las tapas de la caja y eché un vistazo al interior. La luz de neón no fue suficiente para observar lo que se ocultaba dentro.

Encendí el velador. Todavía la compañía de luz no me había cortado el suministro. Los chicos de Crenshaw eran chicos malos, y los esbirros de la compañía de luz se la pensaban dos veces antes de pasearse por el barrio para hacer una travesura.

Cuando hundí el hocico para descubrir mi regalo, salté hacia atrás como si hubiese pisado una mina atrapa bobos. Permanecí un instante besando la pared con mi culo y renovando, a gran velocidad, la dosis de sangre en mis venas. Miré la pistola que colgaba del gancho, como para imbuirme valor, y me dije: "Aquí empieza la aventura, ~~SEY~~ joder...".

Puse la caja boca abajo y vacié el contenido sobre la mesa. Me arremangué la camisa y prometí lavarme las manos luego de examinar en detalle mi presente. ¡Sí que era exótica mi Julieta! Tomé la cabeza y la puse bajo la luz. Era perfecta. Lo único que deslucía su perfección eran los hilos con piedrecillas que colgaban cocidos de sus labios y párpados. Yo había leído una National Geographic que hablaba sobre el proceso secreto de reducción de cabezas. Era una cabeza jíbara. Podía reconocerla.